

descripción tan frecuentemente viene a su pluma? Literalmente se les baila el agua, (hablo en general, porque también hubo casos de descortesías, y de alguna tomó luego el cronista sabrosa y certera venganza).

Lo frecuente, tanto que casi es seguro, es que se reciba a los cronistas, como a íntimos, con franquicias de abates *musqués* del siglo XVIII. Son ellos, al cabo, los que reparten el lucimiento social, los que crean las famas de hermosura, riqueza, buen gusto, ingenio, elegancia y otras cualidades que dan aureola a quien las posee.

Esta aureola es artículo de fe, muy en especial para la gente que no concurre a los salones, y sin embargo se interesa por lo que en ellos acaece. Esta gente es numerosa, afanosa de oler y entender, prendada del brillo de un *esprit* o del flotar de una garzota. Así es que se agolpa a la puerta de las residencias donde se celebra un sarao, y obstruye las puertas de las iglesias donde se verifica una boda. Permanece en pie horas enteras, sin cansarse, por no perder el puesto que ha granjeado en la fila, y recoge con ansia, al paso, las frases sueltas, que le parecen pedazos de la intimidad de aquellas personas a quienes atisba y devora con la mirada. Eminencias de la política, de la aristocracia, cruzan rápidamente ante sus ojos, y se le figura, un instante, haberse apropiado algo de su ambiente, pudiendo decir: «Tan cerquita de mí estaba Romanones, como estás tú ahora...»

A provincias se comunica este contagio. Llegan a Madrid viajeros que, deseosos de admirar el Congreso y el Real y el Museo y las Caballerizas, no sienten menos afán por enterarse al cabo de las hermosuras que diariamente los revisteros ponen en las nubes.

Vino de Sevilla un mozo estudiante, anheloso de esta ración de vista. Y, apostándose un día, por más señas, a la puerta del palacio de Nájera, donde había gran baile, hizo que le fuesen nombrando a las damas que se bajaban de sus coches, muy fastidiadas de tener que atravesar la acera, entre doble y compacta fila de curiosos. Al sonar el nombre de una, a quien incesantemente la letra de molde traía y llevaba, exclamó nuestro forastero: «Pero ¿es ésa la que tanto ponderan? ¡Si parece una cebolla!»

Y es que no comprendía el mozo las concesiones que hay que hacer a la retórica de salón... Aquella dama había sido, *in illo tempore*, muy guapa. Pero el tiempo es el enemigo malo... Y vaya usted, de golpe, a suprimir los calificativos, a que la habituaron largos años de reinado social...

Volviendo a lo que trae a la memoria este libro de León Boyd, diré que es, en primer término, una serie de bodas de rumbo. La gente sigue casándose, a pesar de todos los conflictos económicos, el aumento del lujo y el desarrollo de mil complicadas necesidades.

Y la gente se casa con un aparato y un *tronío*, que da gusto. Pruébalo la exposición de galas y joyas, trajes, sombreros y pieles. ¡Si habremos asistido a estas exhibiciones con su te clásico, con los novios haciendo «rinconera»; la mamá o el papá o ambos a dos, ufanos, explicando algunas preseas más notables o ricas; los amigos extasiándose, y en suma, la nota de esperanza y de gozo que suele acompañar a estos faustos sucesos de familia!.. Y si de algunas de estas combinaciones han salido matrimonios benditos y ejemplares ¡cuántos, en cambio, están ya moralmente rotos, cuántos han dado pasto a la malignidad de la corte!

Deseo que las solemnidades nupciales reseñadas en el libro de León Boyd se eximan de esta contingencia, y tengan felicísimo remate, logrando los consortes larga y pacífica convivencia, y numerosa y masculina prole...

Las bodas que relata el libro, son casi todas de gente titulada, señoritas de lo más granado, caballeros que van al ara luciendo la casaca de maestrantes o el elegante hábito de las Ordenes Militares. El nombre de las desposadas, de muchas por lo menos, me trae la sensación visual de interminables colas de raso Liberty o rielante moaré, de tules flotantes ceñidos a la testa rubia o morena con el puro azahar, de fulguraciones de diamantes y nacarados reflejos de perlas, de un semblante generalmente pálido por la vigilia de las vísperas de fechas únicas, y acaso más palidecido aún por las lágrimas que arrancó el abrazo maternal y fraternal, de amor y despedida... ¡Horas que deciden de la vida de la mujer! ¡Horas inolvidables!

Cada epígrafe, (y en esto veo la utilidad del libro), me hace revivir la fiesta a que se refiere, más que reconstruida por el relato, por la retentiva que el re-

lato estimula. Resucita, por ejemplo, la impresión de la casa de los Barones del Castillo de Chirel, familia modelo, tan diferente del tipo que ya va siendo habitual: familia unida, encariñada, tierna, seria; hogar cristiano (y al mismo tiempo mundano, en la mejor acepción de la palabra), y a la vez, veo ese hogar tal cual acaba de cubrirlo de negro crespón la muerte de una hija joven, feliz madre y esposa. Los salones de la calle de Ayala no encenderán este año sus luminarias de alegría...

Pero los demás, tampoco. Las Embajadas eran un foco social, para lo cual las ayudaban varios elementos: el núcleo de extranjeros de distinción que fácilmente reunían, y por medio de las Embajadas y Legaciones se relacionaban con la *high life* madrileña; las residencias, siempre lujosas y espaciosas, preparadas ya al objeto de recibir; y la circunstancia de que, siendo frecuente que los Reyes asistiesen a las fiestas diplomáticas, se encontrasen desde el primer momento las Embajadoras en contacto con lo más granado de la corte.

Por ahora, y sabe Dios hasta cuándo - ello depende, como todo, de la guerra -, las Embajadas permanecen hoscas, mirándose de reojo: la alemana tras su verja erizada de lanzas, como remate de cascos prusianos; la francesa melancólica, con su Embajadora ausente, dedicada en su patria a la cura de los heridos, y sus solitarios salones, donde los grandes tapices de Gobelin se enorgullecen con antiguas victorias. Y la Embajada británica, aislada en una calle de poco tránsito, lejos del movimiento de coches y automóviles de la Castellana, está, supongo, aun más triste y ceñuda, puesto el pensamiento en sus formidables *dreadnoughts* y en la visión terrorífica de la escuadrilla de zepelines, que surca el aire...

He aquí la sugestión de este librito que tiene un asunto amablemente frívolo. Y es que, debajo del eterno sainete y la jubilosa fiesta, está lo trágico. ¡El destino manda!, como tituló Paul Hervieu su drama estrenado en Madrid, y que describe León Boyd desde el punto de vista de la aristocrática concurrencia.

Claro es que en este libro no se ejerce la crítica, el examen y disección de cada suceso. Ha tiempo que al prologar la obra *Los salones de Madrid*, del famoso cronista Montecristo, dije que no había que creer que todas las damas son tan elegantes y sublimes, todos los palacios tan ostentosos, todas las fiestas tan lucidas ni todos los *buffets* tan opíparos. El cronista de salones tiene tanto mérito, o más, por lo que calla que por lo que dice. La chismografía, en la revista mundana, se queda a la puerta, sin atreverse a asomar su piquito de maligna cotorra. Lo que omite es sin duda lo más interesante para los que hayan podido apreciar cómo las cosas en realidad son, aun siendo muy bien. Tiene que existir ese contraste entre lo escrito y lo real, sin que por eso se niegue la verdad de lo narrado por el autor; sólo que hay cien verdades lo menos, además de la parcial de cada uno...

Y no se crea que esto que voy diciendo es algo semejante a la queja del que, no invitado a un sarao, lo censura y pone de hoja de perejil a los dueños de la casa... En el libro que me dicta esta crónica, tengo honorífica mención por mis Conferencias sobre el Abanico, en el Ateneo. De suerte que sólo motivos de gratitud tengo para el autor, y mis observaciones no van ni aun contra el género, que hallo entretenido y de muy grata lectura.

Las ilustraciones retratan a mujeres tan lindas y sugestivas como la condesa de San Luis, hermana de Fernando Díaz de Mendoza; Angustias Núñez de Prado; la encantadora monjita hija de los marqueses de Peñaflorida, el día de sus desposorios con el Señor, con el blanco atavío de las novias; las señoritas de Suárez Inclán, y otras beldades. Sólo por admirar a estas primorosas madamas y madamiselas se puede adquirir el libro.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Acaba de caer sobre mi mesa de escritorio un libro, lleno de fotograbados, que publica el cronista de salones León Boyd, por su verdadero nombre Enrique Casal, y que se titula *Fiestas aristocráticas* 1913-1914.

Al recorrer sus páginas amenas, surge en mi memoria el recuerdo del invierno pasado, que fué de los más animados de Madrid, y lo comparo al presente, que, al menos en los salones, se anuncia triste y huracán, cosa al cabo bien natural, dadas las circunstancias, cuya trágica gravedad supera a la de cualquier otro período de la historia.

León Boyd, que es un espíritu culto y abierto, no se ha circunscrito a reseñar lo que sucede en dos o tres salones clanistas, aislados del resto de la sociedad y de la vida general española, y por haber, como suele decirse, abierto la mano y dado cabida al conjunto de la sociedad y del arte y de la existencia efectiva de Madrid, he aquí que este libro ligero tiene importancia documental, y si su autor continúa, como anuncia en la introducción, la serie de tales anuarios, serán consultables, a pesar de su aparente frivolidad, más que otros libros precitados de serios.

En efecto, esa gente que desfila por las páginas de la colección de crónicas de León Boyd es la que, en Madrid, influye poderosamente en la opinión y regula las costumbres; la que da el tono, para decirlo de una vez, al resto de España. Es la «gente conocida» con su relumbrar, unas veces de oro y otras, acaso las más, de similor; con su esnobismo extranjerizado y su alarde frecuente de casticismo; con su mezcla de sangre azul y sangre roja; con su manera de ser peculiar, que conocemos tan a fondo, y que, como en general lo humano, tiene de malo y de bueno, y de indiferente y de mediocre, y de típico y de vulgar, sin que pueda decirse que cualquiera tiempo pasado fué mejor en este respecto, pues acaso lo que se llama alta sociedad no ha empeorado, y muchos de sus defectos graves responden al usual tejido de la existencia en toda Europa, con las nuevas necesidades y exigencias de dinero y lujo.

Y ello será por lo que sea; pero nadie puede negar la verdad que encierran las palabras del autor, cuando asegura que la sección *De Sociedad* «es siempre leída con interés por todos los públicos de todos los periódicos», pues harto lo sabemos y algo significa el hecho de que los rotativos de mayor importancia de Madrid tengan su cronista de salones *atiltre*, y lo consideren como redactor de altura, y nunca el original, largo o corto, que este redactor envía, sea pospuesto, sino que se le reserva siempre un lugar preferente, muy visible, en las primeras páginas.

Y ¿qué decir de la amabilidad con que se trata y recibe a los *salonniers* en las casas y palacios cuya